

al oír en boca de Sankaracharía el nombre de su benéfico amigo.

—Entonces, exclamó, sabrás quien yo soy. El Padre Ambrosio te lo habrá contado todo.

—Y vaya si me lo ha contado. Yo sabía quien tú eras, he influído en que vengas por aquí; puedo asegurar que invisiblemente te he guiado para llegar á donde no llega nadie sin nuestra venia, y encargando á mi fámulo el disimulo, le ordené que te aguardase en el soto, como, en efecto, lo hizo.

XXXII

No fué una sola vez, sino varias, las que tuvo Morsamor diálogos por el estilo con el sabio viejo. Así aclaró ó creyó aclarar muchas dudas y formar idea, aproximada ya que no exacta, del país á que había llegado y de la gente que en él vivía.

Pondremos aquí, en resumen, el resultado de sus investigaciones ó dígase lo que él acertó á comprender y lo que nosotros podemos expresar sin trabucarlo ni alterarlo.

Era aquel país el de los llamados *mahatmas*, rodeado de montañas tan intransitables, que los profanos no podían llegar á él. Era como unas Batuecas, no groseras y rústicas, sino cultas, elegantes y felices. Cuatro mil años, sobre poco

más ó menos, hacia ya que los habitantes de aquel país vivían apartados de la mayoría del humano linaje, formando una República pacífica y próspera, cuyo único gobierno era el consejo de los señores del *Cenobio* ó sea de los *mahatmas*.

Sankaracharía explicaba de modo harto singular el origen de aquella República. Lo que él contaba dista mucho de parecernos verdadero; antes bien, lo consideramos como fábula impía y absurda, pero nos parece tan curiosa que no podemos resistir á la tentación de ponerla aquí, en breves palabras, remitiendo á los lectores que quieran saber más sobre ello á un libro escrito no hace mucho tiempo y cuyo título es *Dios y su tocayo*.

Prescindamos de la mayor ó menor antigüedad de la especie humana. Dejemos á la prehistoria, ya fundada en la geología, ya valiéndose del estudio comparativo de los idiomas y de otros primitivos documentos, conceder muchos miles ó pocos miles de años á la existencia del hombre en nuestro planeta. Tengamos sólo por cierto, para no disputar con el señor Sankaracharía, que, antes de que apareciese la raza blanca, hubo otras razas que progresaron y se elevaron á no pocos grados de civilización. Así la raza negra, la raza amarilla y la raza de piel roja, cuyos individuos se llamaron atlantes y se esparcieron por el mundo cuando la Atlántida se

hundió. No hablemos aquí de los proto-scitas ó hiperbóreos, colonia de atlantes que se estableció más allá de las Montañas Rifeas y que fué muy culta y floreciente. A nuestro propósito basta saber que más de dos mil y cuatrocientos años antes de la era vulgar, había dos poderosos y civilizados imperios: uno en Egipto, de atlantes y de negros mezclados, y otro en China, no menos adelantado ó quizás más adelantado que el de los egipcios. En China reinaba en aquella época un Emperador llamado Iao, y hacía muy poco que, por evolución y selección, había aparecido sobre el haz de la tierra la raza blanca, que es la más perfecta de todas.

Ciertos espíritus, muy pulidos y desbastados ya, después de pasar por bastantes *reincarnaciones*, no se avinieron á *reincarnarse* en chino, ni en negro, ni en mulato. Con la fuerza plasmante que tenían en su forma etérea se condimentaron ó confeccionaron cuerpos sólidos más perfectos, y de esta suerte creía el sabio viejo, cuyas ideas extractamos, que apareció la raza blanca en el mundo. En una fértil y bonita comarca del Tibet, vivió y se propagó, bajo la dependencia del ya citado Emperador de la China, á quien sus súbditos llamaban Iao y Padre Celeste. Este soberano empezó á temer que aquellos nuevos hombres se instruyesen demasiado, se ensoberbeciesen y se rebelasen. Procuró, pues, conservarlos

en la ignorancia, pero ellos desobedecieron sus mandatos y aprendieron muchas cosas buenas y malas. Iao entonces envió un ejército contra ellos, que los expulsó del paraíso en que vivían. Y ellos, expulsados ya, fueron poco á poco emigrando por diversas regiones y dominando y acogotando á las razas inferiores donde quiera que llegaban. Algo, no obstante, se pervirtieron, malearon y bastardearon con el trato y convivencia de las tales razas, harto inferiores, como ya queda dicho.

Sólo una escasa minoría de la raza blanca se conservó pura y sin mezcla y subió como la espuma en virtud y en saber. Para ello, en el momento de la expulsión ordenada por Iao, tuvo la cautela de escabullirse en aquel valle recóndito, circundado de altísimos montes y de casi impenetrables desfiladeros. Tal fué el origen de la República de los *mahatmas*, según ellos mismos lo entendían y declaraban.

—¿Y cuándo saldréis de vuestro retraimiento?, preguntó Morsamor á Sankarachária.

Y Sankarachária contestó:

—Cuando la humanidad sea capaz de comprendernos. Cuando nazca á la vida colectiva.

—Pues qué, ¿no ha nacido aún?

—Aún dista mucho de nacer. Está en germen caótico: en incubación. No nacerá á la vida colectiva hasta dentro de quince mil años.

¿Y cómo no hacéis nada para que la incubación se apresure?

—Hacemos lo que se puede, dijo Sankaracharía. Ya te he citado á no pocas personas que recibieron antiguamente nuestra inspiración y á algunas que la reciben hoy en Europa, ávida de saber y con la curiosidad científica muy despierta. Así los mencionados Paracelso, Cornelio Agripa, Fausto y tu valedor Fray Ambrosio de Utrera. Pero quien más ha de influir en que la incubación siga preparándose sin que salga huerdo lo que se incubaba, ha de ser una mujer privilegiada, semi-tudesca, semi-moscovita, que el cielo no subcitará en Europa hasta dentro de unos tres siglos. Pronosticado está que esta mujer vendrá á visitarnos, nos encantará, se apoderará de muchos de nuestros secretos, los divulgará en luminosos tratados y enseñará una ciencia que poco modestamente apellidará teosofía. No será lo que enseñe sino los prolegómenos de nuestra ciencia verdadera; pero, aun así, se pasmará el mundo de oirla y de leerla y se crearán escuelas teosóficas en todas las naciones.

Ya suponemos que el pío lector habrá adivinado que Sankaracharía, aunque no la nombra, alude á la señora Blavatski.

Todavía Morsamor, no satisfecho con las primeras nociones de aquella ciencia nueva, imitó

proféticamente lo que hacen los periodistas del día en las *interviews* y siguió preguntando. Para abreviar, sin que nada de lo más importante quede obscuro, prescindiremos de consignar las preguntas y sólo pondremos aquí tres ó cuatro de las más notables contestaciones que Morsamor obtuvo. Por ellas empezará á comprender las doctrinas teosóficas quien esto lea y á sentir el prurito de estudiarlas á fondo en la multitud de libros que sobre el particular han escrito y publicado recientemente la citada señora Blavatski, el coronel Olcott, Annie Besant, Francisco Hartmann, Sinnett y otros autores, españoles algunos de ellos. Entiéndase, con todo, que esta ciencia de la teosofía no debe con propiedad llamarse nueva en Europa. Debe llamarse renovada. Sus adeptos de hoy le dan ya antiquísimo origen entre nosotros ó sea fuera de la India. Hermes Trimegisto fué teósofo, y, bastantes siglos después, cultivó y propagó la teosofía entre griegos y latinos el ilustre Ammonio Sacas, fundador de la escuela de Alejandria.

Pero no divaguemos y vamos á las contestaciones que dió Sankaracharía y que no conviene queden en el tintero.

El caudal de experiencias y de merecimientos con que el sér humano se va afinando en sus diferentes vidas y haciéndose digno de más altas *reincarnaciones* se llama *Karma*.

El principio que persiste, que no muere y que se *reincarna*, es el tercero de los siete que componen nuestro sér, se llama *Manas*, y es como la raíz imperecedera de nuestro individuo. Por cima de *Manas* no hay más que *Budhi* y *Atma*. *Atma* es el más alto principio de vida, el alma del Universo, y *Budhi* el lazo que á *Atma* nos une. Por bajo de *Manas* hay otros cuatro principios: el del amor, del odio y demás afectos, la fuerza vital, el cuerpo etéreo, y, por último, el cuerpo sólido, visible y tangible.

Sankaracharía enseñó además á Morsamor que había dos métodos científicos: uno, por lo común empleado en Europa, que, valiéndose de los sentidos corporales é informándose de lo que se ve, se oye ó se palpa, investiga las leyes de todo y procura elevarse á la causa primera; y otro, que es el indiano ó teosófico, que se funda en la introinspección y por medio de *Budhi* logra que *Manas* se encarama y se enlace con *Atma*, y entonces no hay ya cosa que el hombre no sepa, y apenas hay cosa que el hombre no pueda. De aquí la verdadera magia blanca, que, según queda dicho, se llama *rajah-yoga*, aunque alguien la designa también con el nombre de *lokothra* ó ciencia y poder nacidos de nuestro interior desenvolvimiento, en oposición á *lauhika*, magia blanca también, pero vulgar y rastrotrera, que se funda en conocimientos experi-

mentales y exteriores y en el empleo de drogas, hierbas y otros ingredientes.

XXXIII

Morsamor hablaba á menudo con Tiburcio, que andaba retraído, y le comunicaba cuanto iba aprendiendo. Tiburcio le oía, no daba crédito á nada y se reía de todo.

—Pero no me negarás, le decía Morsamor, que Sankaracharía sabe y puede mucho.

—Yo no te lo niego, contestaba Tiburcio. Lo que te niego, es que su saber y su poder se funden en lo que él dice.

Y Tiburcio no pasaba nunca más adelante, ni aclaraba mejor su pensamiento. Por sus reticencias, con todo, presumía Morsamor que Tiburcio atribuía las artes y ciencias de los *mahatmas* á la intervención del diablo.

—¿Crees tú, le decía Morsamor, que el diablo interviene en esto?

Tiburcio no contestaba sí, ni no. Se reía y se callaba.

Entre tanto, ni Morsamor, ni Tiburcio, ninguno de la pequeña hueste, podía ir á la ciudad de los *mahatmas* jóvenes ó no jubilados, ni mucho menos ver á las mujeres. Sin duda era ley inquebrantable aquel retraimiento, mil veces más severo que el que hubo más tarde en el Paraguay,

para evitar que las ciudadanas y los ciudadanos fuesen perturbados y contaminados por extrañas visitas.

Todos los forasteros, por consiguiente, aunque estaban muy agasajados en el *Cenobio* y tratados á qué quieres boca, se aburrían de muerte y ansiaban salir de allí para gozar de plena libertad aunque tuviesen que sufrir trabajos.

El mismo Morsamor empezaba á cansarse. Dispuso su partida, pero antes de despedirse de Sankaracharía, le hizo una última pregunta y le pidió un favor.

—Yo estoy hartó, dijo Miguel de Zuheros, de guerras y de amores. En extremo me afligen los estragos y las muertes que preceden ó suceden á cada victoria y á cada triunfo. Aún ansío laureles, pero han de ser incruentos y pacíficos. ¿Y qué más pacíficos laureles que los que yo alcanzaría, si me embarcase de nuevo, y por mar, navegando siempre hacia oriente, volviese á mi patria? Dime si esto es posible.

—Ya sabes—contestó el anciano *mahatma*— que mi ciencia es más de lo interior que de lo exterior. Todo eso y más sabré yo cuando llegue á enlazarme con *Atma*. Por ahora, ni lo sé, ni me importa saberlo, ni te lo diría aunque lo supiese. Y la razón es obvia. Si te dijera que es imposible, te quitaría la esperanza, te retraería de la empresa y te despojaría del mérito de haberla

acometido. Y si te dijera que es posible, aún te despojaría más del mérito y de la gloria, porque con la seguridad de alcanzar fin tan alto, ¿quién, á no ser muy cobarde no pone los medios? No extrañes, pues, que me calle y dame gracias por mi silencio.

En el favor que pidió Miguel de Zuheros fué más dichoso que en la consulta. Sankaracharía se le otorgó á medias. Morsamor quiso ver y hablar al Padre Ambrosio. Y el *mahatma*, si bien se excusó de ponerle al habla con el Padre para que el Padre no averiguase que él había revelado sus ocultas relaciones y tratos, todavía le prometió hacer que le viese, y en efecto, cumplió la promesa.

Para ello, exigiendo primero á Morsamor, que no había de chistar, ni alborotar, ni moverse, viera lo que viera, le condujo á un obscurísimo sótano y le sentó en una silla, donde había de quedar, y quedó como clavado.

De repente brotó un punto luminoso en el seno de las tinieblas. El punto se desenvolvió luego en multitud de rayos que trazaron un círculo lleno de claridad. Morsamor percibió en él con asombro el camaranchón donde el Padre Ambrosio tenía su laboratorio. El Padre estaba de pie, delante del atril donde leía un libro de magia. La lámpara que ardía sobre el atril, colgada del techo, parecía ser el punto ó foco de

luz, por cuya dilatación el círculo se había formado. Otro fraile estaba al lado del Padre Ambrosio con la capucha calada y volviendo á Morsamor las espaldas. Inesperadamente cambió este fraile de postura y mostró á Morsamor la cara. El pasmo de éste rayó entonces en delirio. Creyó ver su propio rostro como en un espejo, pero no joven y gallardo, sino marchito, lleno de arrugas y con la barba blanca como la nieve. Su terror casi fué más intenso cuando notó que aquel rostro, que se le había aparecido, caía como una máscara ó se disipaba como vapor muy ténue dejando en la capucha un hueco. La capucha y todo el hábito se diría que no encerraban ya sino aire vano: una ilusión, un espectro. El sayal vacío continuaba erguido, no obstante, y hasta se movía y marchaba, como si le llenase y le animase un espíritu.

Vió después Morsamor que el féretro donde le habían encerrado se hallaba en el mismo lugar; que el Padre Ambrosio levantó la tapa, y que dentro había un cuerpo humano tendido é inmóvil. No descubrió quién era. Un lienzo velaba su cara. El Padre Ambrosio alzó un pico del lienzo, hasta descubrir la boca del que allí reposaba, é introduciendo en aquella boca el agudo extremo de un pequeño embudo, vertió por él algunas gotas del líquido contenido en un pomo que llevaba en la mano.

La visión se disipó en seguida, como las figuras de una linterna mágica ó de un cinematógrafo.

No acertó Morsamor á explicarse bien todo aquello por ningún estilo, pero pensó en su propio ser, se tocó y se reconoció materialmente, y tanto en lo exterior como en lo íntimo se declaró á sí mismo que el verdadero Morsamor era él y no otro. Encomendó á todos los diablos á Sankarachária, á los demás *mahatmas* y al *Cenobio* de la jubilación varonil, y no bien despuntó la próxima aurora se escapó de allí con Tiburcio y los demás de su hueste.

XXXIV

Los diversos apuntes manuscritos de los que hemos ido extractando y compaginando esta historia hasta ahora clarísima, presentan aquí contradicciones que conviene resolver y obscuridades que conviene disipar por medio de hipótesis.

¿Cómo pudo Morsamor salir del misterioso y fantástico país de los *mahatmas* y hallarse de nuevo en terreno de ser y realidad más reconocidos?

Sin el poderoso auxilio de Sankarachária, jamás acaso hubiera logrado tal cosa. Nunca Mor-

samor hubiera salido de allí ni hubiera vuelto al mundo real, como volvió el doctor Fausto desde el país de las quimeras. Allí se hubiera quedado, no durante años, como se quedó Bompland en el Paraguay, sino para siempre: hasta la consumación de los siglos.

Morsamor, pues, y su hueste salieron, según unos en una barca encantada, que se hallaron junto á la orilla de un lago, y que, arrastrada por la corriente, los lanzó en un río, por donde el lago se desaguaba, y cuyas ondas por rapidísimo declive se abrian cauce en la estrecha y tortuosa garganta que formaban tajados peñascos de empinadísimos cerros. Aseguran otros que Morsamor y su hueste se fueron por el aire, en una máquina ó ingenioso artificio que les suministró Sankaracharía y que sin ser juguete de las corrientes atmosféricas como los globos aereostáticos de ahora, se movía en la deseada y prescrita dirección, atraído por la fuerza psíquica ó magnético-espiritual de un gran sabio, amigo de Sankaracharía, que vivía en la ciudad de Lasa y era nada menos que el Secretario de Estado ó ministro principal del Dalai-Lama. Si es lícito comparar lo falso con lo verdadero y la mala copia ó remedo con el original, este Secretario de Estado era, respecto al Dalai-Lama, lo que fué Pedro Bembo respecto á León X.

Como quiera que sea, lo cierto es, que Morsa-

mor y su hueste se hallaron en Lasa como por encanto.

La lámina de oro ó salvoconducto de Babur les valió de mucho. ¿Cómo no habían de respetar en el Tibet, las encarecidas recomendaciones del sucesor de Tamerlán y de Kubilai-Kan, príncipe que había conquistado la China, que había reinado benéfica y gloriosamente en ella, y que por los consejos é insinuaciones de su privado Marco Polo, había fundado el poder temporal del Dalai-Lama como Constantino y Carlo Magno el de los pontífices de Roma?

El aviso además, que al Secretario de Estado dió Sankaracharía por los medios mágicos de que disponía, y que dicho Secretario transmitió á varios adeptos de los muchos que entonces tenían los *mahatmas* en el Tibet y en China, facilitó el largo y peligroso tránsito de Morsamor por todos aquellos países, inexplorados hasta entonces por los europeos.

Taciturno y afligido Morsamor, había hecho voto de no enamorar ya á mujer alguna, de no reñir con ningún hombre y de no tomar parte en ninguna contienda armada. Y como merced á las recomendaciones de Babur por un lado y á las del *mahatma* por otro, se le facilitaron todos los medios de comodidad y de transporte, no se ha de extrañar, que Morsamor, por sus pasos contados, con la mayor premura posible, y sin

que nada memorable le sucediera, llegase á Canton felizmente.

De lo que vió y observó en la China, bien pudiéramos poner aquí bastante, ya que en los archivos de Sevilla, privados y públicos, se conservan curiosísimas notas de Morsamor y de Tiburcio. Pero nosotros juzgamos conveniente pasar por alto todo esto. Nuestros ilustres viandantes sólo figuran como meros observadores y las noticias que dan no difieren mucho de las consignadas en las relaciones de viajes del Reverendo Padre Agustino Fray Juan González de Mendoza, del nunca bien ponderado Fernán Méndez Pinto, del Padre Maestro Fray Domingo Fernández Navarrete, de la orden de predicadores, y de otros sinólogos, españoles y portugueses no pocos de ellos, sin excluir á don Sinibaldo de Más, nuestro antiguo amigo.

Lo que aquí nos importa saber es que Morsamor se fué en seguida desde Canton á Macao, pequeña colonia recién fundada por los portugueses.

En la rada de la nueva ciudad, Morsamor halló lo que deseaba y esperaba, según lo había concertado con el piloto Lorenzo Fréitas. Su nave, hacia dos ó tres semanas que estaba allí aguardándole, lo cual no pesaba al señor Vandenpeereboom que había traficado con los chinos y hecho muy buenos negocios, ni pesaba

tampoco á Fray Juan de Santarén, que predicaba con gran fruto, aunque valiéndose de intérpretes, y que bautizaba chinos á centenares, hallando sus neófitos entre la gente pobre y trabajadora que hoy pudiéramos llamar *coolies*

Ni el comisionista, ni el misionero, gustaron de la nueva empresa que Morsamor quería acometer; pero Morsamor poseía grandes riquezas y con ellas se allanan dificultades y todo se compone. A Fray Juan le proporcionó recursos suficientes para socorrer á sus más desvalidos catecúmenos y fundar un asilo piadoso, y al señor Vandenpeereboom, que tenía amplios poderes de los señores Adorno y Salvago, le compró la nave, pagándola espléndidamente, por una mitad más de su justo precio.

El piloto Lorenzo Fréitas y muchos de la tripulación, decidieron no abandonar á Morsamor é ir con él donde quisiera llevarlos.

Bajo la inteligente dirección de dicho piloto, hábiles calafates del país, limpiaron los fondos de la nave, que estaban harto sucios, la carenaron bien y la pusieron como nueva.

Morsamor y el piloto la proveyeron, por último, de todo género de vituallas y bastimentos como para una navegación muy larga.

Más de la mitad de los guerreros portugueses que hasta allí habían acompañado á Morsamor, resolvieron quedarse en Macao; pero los otros

más decididos, así como los antiguos tripulantes, formaban muy completa dotación para la nave á la que Morsamor quiso cambiar el nombre que antes tenia sin duda, aunque no sabemos cual fuese, y la confirmó con el antiguo, clásico y mitológico nombre de *Argo*.

No pocos días se pasaron en tan importantes asuntos, y si bien Morsamor se empleaba en ellos, lejos de mostrarse comunicativo y alegre, andaba triste y silencioso, esquivaba el trato y la conversación de todos, hasta del fiel Tiburcio, y para reposar de sus afanes gustaba de ir á esconderse en cierta pintoresca gruta que habia entre los peñascos de un cerro y desde la cual se oteaba el mar azul y se descubría muy extenso horizonte.

Al escribir la historia de Morsamor, nosotros haríamos célebre esta gruta, aunque ya no lo fuese; pero nos ahorra el trabajo de darle celebridad la que ya tiene desde antiguo por la circunstancia de haber imitado á Morsamor, sin saberlo, el glorioso poeta Luis de Camoens, que, pocos años después, solía ir allí á meditar y á entregarse á los más poéticos soliloquios. Los de Morsamor eran poéticos también, aunque todavía más que poéticos eran filosóficos, por lo cual pondremos aquí muy en resumen uno de estos soliloquios, á fin de que el sentir y el pensar de Morsamor sean entendidos sin que se fatiguen

y sin que califiquen el soliloquio de *latoso* los lectores poco inclinados á la filosofía.

XXXV

—Mi segunda mocedad—decía Morsamor—ha sido peor empleada que la primera. ¡*Vanidad de vanidades!* Todo es vanidad y singularmente nuestros afanes, trabajos y aspiraciones. Pienso á veces que me valiera más no haberme remozado; pero, arrastrado por esta corriente de ideas negras, voy más lejos aún y exclamo: ¡mejor sería no haber nacido! He buscado el amor para gozarle y he hallado vergüenza, desolación y muerte. Doña Sol paga mi amor con su desprecio. El desprecio mio mata el amor de donna Olimpia. Y cuando no nos despreciamos y nos amamos, la ira y los celos dan espantosa muerte al objeto de mis amores. Mi ambición no ha sido menos burlada que mi cariño. Salvo una ruin satisfacción de amor propio; ¿qué ventaja he sacado, ni para mi ni para mis semejantes, de mis triunfos guerreros?

Así discurría Morsamor con profunda tristeza. Luego, para consolarse, imaginaba tener una misión y cumplir con ella. Se creía factor poderoso en el engrandecimiento de su patria. Pero también de esto dudaba; y mirando con inquietud

hacia el porvenir, conceptuaba tal engrandecimiento caduco y efímero.

Cierta idea, más clara y consistente en nuestra edad que en la suya, aparecía después á su espíritu, para justificar su ambición; para que sus propósitos no fuesen tenidos por vanos. Morsamor suponía que el humano linaje iba subiendo á más altas esferas de bondad y de luz y que él contribuía enérgicamente á la ascensión magnífica, predeterminada por el cielo. Desconsoladoras reflexiones venían al punto á invalidar ó al menos á poner muy en duda el valer de esto último.

—No escatimaré yo mis alabanzas, ni negaré mi admiración— pensaba nuestro héroe—á los descubrimientos, invenciones y adelantos que los hombres realizan. Se diría que doman la naturaleza material, que encadenan con su inteligencia y sujetan á su voluntad las fuerzas del universo, y que se valen de ellas para evitar fatigas y crear placeres y goces. Laudable es, en este sentido, el fecundo renacimiento en Europa de ciencias, artes y letras. Laudable es la activa curiosidad de nuestros navegantes que atraviesan nunca surcados mares y penetran en las más apartadas é incógnitas regiones. Y si no es más laudable, es mil veces más asombroso el mágico saber de los *mahatmas*, que no puedo negar, porque de él he sido testigo. ¿Pero en lo fundamental, hay

progreso acaso ó hay mejora en Europa, en la India ó en la China? Yo sospecho lo contrario. En las antiguas edades los hombres acertaban á veces ó por estar más cerca de la revelación primitiva, ó porque alambicaban menos y no se quebraban de puro sutiles, ó porque la mente de ellos, no abrumada aún con la pesada carga de lo observado y experimentado, levantaba el fácil vuelo á las esferas superiores y era capaz de una inspiración inocente y casi divina. Hoy, á fuerza de cavilar y de sutilizar, el entendimiento se pervierte y dispara mucho. No hay progreso sino perversión, desde el himno, compuesto hace más de tres mil años, que venían cantando los *mahatmas*, cuando los ví volver al *Cenobio*, hasta las doctrinas que me expuso luego Sankaracharía y que implican la negación de Dios, el concepto de que el mundo casi es ilusión y fantasmagoría, y la mal velada afirmación de que la conciencia nace de lo que no tiene conciencia, la voluntad del ciego prurito de los átomos, y de sus desordenadas evoluciones el entendimiento y las leyes á que el entendimiento sujeta así lo exterior y visible como lo más hondo é íntimo del alma. Cuanto he oído en Benarés en boca de los brahmanes y cuanto después me ha expuesto Sankaracharía en su misterioso retiro son la corrupción del mencionado himno del *Rig-Veda*, donde el vate de los primeros

tiempos busca á Dios, le columbra y le admira en las cosas creadas y le reconoce y le adora. En este mismo Imperio en que ahora estoy, he conversado con los mandarines y sólo he visto en su saber ateísmo materialista y grosero; he conversado con lamas y bonzos y despojando sus doctrinas de supersticiones y de símbolos, sólo he visto en ellas la confusión de Dios y del mundo y el destino y el fin del alma humana fluctuando entre el aniquilamiento y la apoteosis.

Así cavilaba Morsamor y creía sacar en claro de sus cavilaciones la verdad real de su ser, del universo y de Dios que lo ha creado todo. Las muchas contradicciones que al afirmarlo así surgían en su mente le repugnaban mil veces menos que todas las otras contradicciones nacidas de cualquiera otra metafísica por sutil y profunda que fuese.

—Hará ya más de dos mil años—decía Morsamor—que vivió en este Imperio el filósofo Lao-tse y escribió su doctrina del Tao. Allí está la verdad al menos en germen. Cuanto después han inventado los chinos ó han importado de la India es perversión ó extravío.

De esta suerte, en la misma gruta donde más tarde meditó Camoens, Morsamor meditaba y filosofaba, se lisonjeaba de ir por el buen camino, y hasta cierto punto se consideraba desengañado. Morsamor, no obstante, no se resignaba á des-

pojarse de toda ambición. Aún quería recobrar el tiempo perdido, ganar gloria sobre la tierra, hacer inmortal su memoria entre los hombres, cosechar laureles sin verter sangre, revelar arcanos y realizar algo de inaudito ó de antes no realizado por nadie. ¿Cuál sería el término de aquel inmenso mar que ante sus ojos se extendía? ¿Podría llegar por él hasta el mundo por Colón descubierto, salvar el valladar que le opusiera y volver á su patria navegando siempre hacia oriente?

Los letrados chinos, á quienes había consultado, nada sabían de todo esto. Acaso el extremo de aquel Océano oriental recelaba un oscuro abismo, algo de inaccesible para el hombre. Más allá tal vez estaría un infinito piélago de calor y de luz, de donde al amanecer surgiría la aurora vertiendo claridad y oro, zafiros y rubíes por el éter, y abriendo paso al resplandeciente carro del sol, que vendría en pos de ella. Tal vez eran sueños y delirios las opiniones de antiguos sabios griegos sobre la esfericidad de la tierra. Tal vez era fábula cuanto había oído contar á los letrados de la primera expedición mística al Fusang de los discípulos de Fo en busca de un elixir que los hiciese inmortales. Tal vez eran fábulas también otras expediciones ulteriores. Los barcos de la flota que Kubilai-Kan envió á la conquista del Japón, dispersos é impulsados por una tem-

pestad, pudieron llegar acaso al Fusang misterioso; pero de seguro que jamás volvieron de allí trayendo nuevas de lo que habían visto. No era el Fusang el mundo de Colón, sino un país imaginario donde la fantasía vulgar y materialista de los chinos ponía mayor fertilidad, abundancia y riqueza que los europeos pusieron más tarde en el Dorado. Lo único cierto era que más al oriente del Japón poco ó nada conocían los chinos. Sólo presumían la indefinida extensión de un Océano mucho más ancho que el que separa á España de las tierras por Colón descubiertas. ¿Qué había en el extremo de este Océano? Quién sabe. Acaso el extremo de la tierra en que vivimos; el borde del disco; los lazos que atan la tierra al firmamento y que la sostienen suspendida en el éter. Morsamor veía en todo esto un misterio hasta entonces velado; pero le impulsaban á romper el velo su misma oscuridad y la vaga esperanza de que fuese cierto lo que habían pensado los sabios antiguos de Grecia y lo que Colón había intentado y hasta había creído demostrar yendo por Occidente al extremo Oriente.

Decidido, pues, Miguel de Zuheros, y habiendo infundido en los de la nave confianza en su decisión, dejó en Macao al señor Vandenpeereboom y á Fray Juan de Santarén, haciendo el uno negocios, y haciendo sermones el otro, y

zarpó con su nave con rumbo hacia lo desconocido.

XXXVI

Mientras más se piensa en ello más axioma parece la sentencia de don Hermógenes, declarando que todo es relativo. En el viaje, *Desde Toledo á Madrid*, del maestro Tirso de Molina, apenas había caminado legua y media y llegado á las ventas de Olias, cuando exclama la melindrosa Doña Mayor: *nunca imaginé que era tan largo el mundo*. En cambio, el egregio poeta Leopardi prorrumpe en amargos lamentos porque el mundo le parece muy chico. Y es lo peor para él, que mientras 'más mundo se descubre más el mundo se empequeñece. Leopardi no cabe en el mundo.

Los tripulantes de la nave de Morsamor, de la nueva *Argo*, ya que con tal nombre había sido confirmada, se asemejaban más á Doña Mayor que al poeta. Todos hallaban y no sin motivo que el mundo era mayor de lo que habían imaginado. En efecto, habían ido más allá de cuanto habían surcado con sus quillas los más audaces navegantes, árabes, chinos, japoneses y portugueses; más allá de lo hasta entonces explorado y hasta soñado. Nadie había llegado jamás á donde ellos estaban, ó si había llegado nadie ha-